

Junta de evaluación

Marcela pozo



Caminaban hacia el instituto con la resignación de quien avanza hacia una cita con sus propios fallos. La mañana era clara, pero a ellos les pesaba como si fuera lunes aunque el calendario dijera otra cosa.

—Este trimestre me ha pasado por encima —dijo Dani—. Sobre todo Biología. Abro el libro y parece que las palabras se reproducen.

—Yo en Inglés —respondió Lucía—. Sé lo que quiero decir, pero cuando hablo sueno como una versión beta de mí misma.

Hablaron de exámenes que parecían trampas, de trabajos entregados tarde, de esa sensación de ir siempre un paso por detrás de lo que se espera. Ambos compartían una misma fatiga: la de intentarlo sin sentirse suficientes.

—Hoy van a hablar de nosotros en la junta —dijo Dani—. Me los imagino repasando nuestras notas como si fueran historiales médicos.

—“Tiene potencial, pero...” —citó Lucía—. Ese “pero” es como una puerta que no termina de abrirse.

El instituto ya se perfilaba al final de la calle cuando vieron a la pareja.

Discutían junto a la verja, con una intensidad que desentonaba con la calma de la mañana. Gestos tensos, frases cortadas, un reproche suspendido en el aire.

—Mira —susurró Dani—. Drama adulto.

Lucía observó con curiosidad distraída, hasta que la discusión, inesperadamente, se desinfló. Una pausa. Una mirada que se ablandó. Un suspiro. Y, de pronto, un beso breve, casi urgente, seguido de un abrazo largo, de esos que parecen cerrar una grieta invisible.

Al acercarse, reconocieron los rostros.

Dos de sus profesores.

Se miraron, incrédulos.

—¿Ellos? —murmuró Dani—. ¿En serio?

Lucía sintió una sorpresa que no era solo chisme, sino una especie de sacudida. Nunca los había imaginado juntos. En clase parecían pertenecer a mundos distintos, incluso a universos incompatibles.

—No me lo habría esperado jamás —dijo—. Para mí eran... normales. Separados. Profesores.

Dani soltó una risa nerviosa.

—Supongo que también tienen vida fuera de los exámenes... aunque cuesta imaginárselo.

Siguieron caminando, con la sensación de haber visto algo que no estaba destinado a los alumnos: un fragmento de humanidad detrás de la pizarra, un secreto accidental que desmontaba la idea de que los adultos lo tienen todo ordenado.

Y mientras avanzaban hacia el instituto, pensaron que quizá aquel trimestre no solo había sido complicado para ellos, sino para todos. Incluso para quienes, dentro de unas horas, decidirían su futuro sentados alrededor de una mesa de evaluación.

Capítulo 1 (inicio)

La junta de evaluación estaba programada para durar lo justo: el tiempo razonable para repasar nombres, números y decisiones que fingían ser objetivas. Nadie esperaba épica. A lo sumo, un par de bromas, algún bostezo disimulado y el alivio colectivo de terminar antes de que se enfriara el café.

La sala de profesores olía a rotulador, a papeles recién impresos y a esa mezcla indefinible de cansancio y buen humor que se acumula a final de trimestre. Sobre la mesa, las actas aguardaban como documentos diplomáticos entre países que se toleran.

Laura Benítez entró con su carpeta bajo el brazo y una sonrisa de quien cree que todo problema es, en el fondo, resoluble. Miguel Aranda dejó la chaqueta en el respaldo de una silla y comentó, con tono ligero, que las leyes de Newton también se aplicaban a las evaluaciones: todo tiende a permanecer en reposo si nadie lo empuja demasiado. Clara Ríos sacó su portátil como quien despliega una brújula moderna. Óscar Valverde probó el proyector con un comentario técnico que sonaba a chiste. Marina Soler revisó su móvil por última vez, como si cerrara la puerta del mundo exterior. Javier Montes se sentó despacio, con la tranquilidad de quien ya ha vivido juntas peores, mejores y todas iguales.

Ricardo León organizó los papeles con la precisión de un director de orquesta que ensaya un concierto breve. Elena Cortés tomó asiento en la cabecera con esa autoridad serena que sugiere que todo está bajo control, incluso lo imprevisible.

A las cinco en punto, alguien dijo:
—Empezamos.

Nadie sospechaba que aquel orden aparente, tan pulcro y cotidiano, estaba a punto de estirarse como una tarde que se resiste a terminar, ni que las actas, aparentemente inofensivas, acabarían comportándose como espejos: devolviendo más de lo que se les había pedido.

Para todos, aquella iba a ser una junta normal.
Una de esas que se olvidan al salir por la puerta.

Epílogo

Salieron del instituto cuando la noche ya había terminado de cerrar los pasillos, las ventanas y hasta las excusas. Las luces interiores quedaban atrás, encendidas como restos de una conversación que nadie quería continuar.

Caminaban despacio, agotados de cuerpo y de algo más difícil de nombrar.

—Vamos a titular —dijo Dani, con una voz que sonaba correcta pero cansada—. Supongo que es una buena noticia.

Lucía asintió, aunque la alegría no terminaba de aparecer.

—Sí. Buena. Importante. Oficial.

Durante la junta habían escuchado más que veredictos sobre sus notas. Habían percibido miradas que se evitaban, silencios que pesaban más que las palabras, cambios de tono en frases aparentemente neutras. En algún momento, una broma demasiado tensa. En otro, un comentario que sonó a reproche antiguo. Más tarde, una pausa larga, una disculpa casi invisible, una complicidad reconstruida a media voz.

Nada explícito.
Pero suficiente.

—¿Te has dado cuenta...? —empezó Dani, sin terminar la frase.

Lucía lo miró.

—Sí.

Habían notado cómo algunos profesores defendían a otros sin decirlo. Cómo una mirada suavizaba una decisión dura. Cómo alguien bajaba la voz justo a tiempo. Cómo una discusión se cerraba con un gesto mínimo, casi doméstico.

—Creía que los profes lo tenían todo claro —dijo Dani—. Y hoy parecía que estaban tan perdidos como nosotros.

—O igual —respondió Lucía— solo son mejores disimulando.

Caminaron unos metros más. El cansancio era físico, pero también moral, como si hubieran asistido no solo a una evaluación académica, sino a un ensayo general de la vida adulta.

—Después de todo esto —murmuró Dani—, no sé si ha valido la pena tanto miedo, tanto esfuerzo... tanta presión.

Lucía tardó en responder.

—Quizá no se trata de si ha valido la pena —dijo al fin—. Quizá se trata de no desperdiciar lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

Antes de separarse, Lucía recordó una frase que había escuchado en clase, pronunciada alguna vez con solemnidad y hoy con una resonancia nueva.

—Séneca decía: *“No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho.”*

La frase quedó suspendida entre ambos, como una advertencia o como una promesa.

Luego se despidieron sin saber si lo que los unía —esa complicidad nacida entre nervios, cansancio y secretos observados— sería el inicio de una amistad más profunda... o el comienzo lento de una distancia inevitable.

Capítulo 2

El eco de lo que no se dice

La mañana siguiente a la junta amaneció con una mezcla incómoda de normalidad y sospecha. El instituto seguía siendo el mismo: las persianas a medio subir, el murmullo de los primeros que llegaban, el frío acumulado en los pasillos antes de que los radiadores despertaran. Y, sin embargo, algo había cambiado. O al menos, Dani y Lucía lo sentían así.

Entraron juntos por la puerta principal, aún procesando todo lo que habían presenciado —y lo que habían creído intuir— el día anterior. No solo sobre sus notas. También sobre sus

profesores, sobre esa humanidad que habían descubierto casi por accidente.

En el pasillo, la profesora Laura cruzó frente a ellos con su carpeta en el pecho y una sonrisa más tensada de lo normal. Detrás, Miguel conversaba con Óscar, demasiado serio para ser la primera hora.

—¿Te fijaste? —susurró Lucía, sin detener el paso.

—En que parecen haber dormido mal... sí. —Dani carraspeó—. Igual discutieron después de la junta.

—O antes —dijo ella.

Ambos sabían que no estaban hablando solo de trabajo.

Dentro del aula los esperaba el típico ambiente de final de curso: mochilas en el suelo, comentarios sueltos sobre quién aprobó o quién “milagrosamente pasó”, y un entusiasmo extraño por el casi-final, ese periodo en el que nadie sabe muy bien qué hacer, pero todos sienten que algo está a punto de acabar.

Cuando entró el tutor, Javier Montes, se hizo un silencio breve pero perceptible. Javier nunca imponía silencio, pero aquella mañana llegó con una seriedad amable.

—Enhorabuena a todos —dijo mientras dejaba su cuaderno en la mesa—. Habéis cerrado un ciclo complicado. Más del que creéis.

Les habló de esfuerzo, de progreso, de madurez. Palabras que solían sonar a discurso estándar pero que, esta vez, tenían un peso distinto. Como si detrás de cada frase hubiera recuerdos frescos de la junta de evaluación, de gestos tensos, de diálogos que no eran solo académicos.

Dani miró a Lucía. Ella también lo notaba.

—Recordad —dijo Javier antes de terminar— que cada uno de vosotros tiene un camino propio. Y que, aunque no lo parezca, también nosotros aprendemos de vosotros.

La frase cayó en la clase como una piedra pequeña en un estanque tranquilo: generó ondas leves, pero se mantuvo en la superficie un rato más de lo esperado.

Al salir, Dani murmuró:

—¿Crees que se refería a...?

—Sí —respondió Lucía sin dejarlo terminar—. A todo.

Y por primera vez, sintieron que los profesores, con todas sus contradicciones, eran parte de su historia más de lo que imaginaban.

Capítulo 3

Los hilos que tiran de otros hilos

La tensión entre algunos profesores empezó a hacerse evidente incluso para quienes no solían fijarse en nada más allá del horario. En la sala de informática, en el pasillo de Ciencias, en la biblioteca: pequeños detalles observados por alumnos atentos o simplemente curiosos.

Laura y Miguel, los dos protagonistas del beso que Dani y Lucía habían visto aquella mañana, parecían evitarse sin conseguirlo del todo. Coincidían en reuniones, en pasillos, en clases contiguas. Y, cuando hablaban, lo hacían con la cautela de dos personas que se deben explicaciones, pero no encuentran el momento.

Lucía, que estaba sentada junto a la ventana durante Historia, observó a Miguel cruzar el patio a paso rápido, con el móvil en la mano y una expresión que mezclaba prisa y preocupación.

—Algo pasa —dijo en voz baja.

—O sigue pasando —respondió Dani, que ya estaba acostumbrado a su capacidad de leer gestos ajenos como si fueran subtítulos.

En el recreo, mientras merendaban en su banco habitual, notaron más detalles. Clara Ríos salió de la sala de profesores con el ceño fruncido. Óscar la alcanzó y le dijo algo que Lucía no escuchó, pero que tuvo efecto al instante: Clara relajó los

hombros y suspiró, como si necesitara que alguien la sostuviera un momento.

—Es raro verlos así —comentó Lucía—. Como si todo el instituto estuviera... desajustado.

—O como si la junta hubiese removido más de lo que debería —añadió Dani.

Hubo una pausa.

—¿Y si lo que vimos aquella mañana...? —preguntó Lucía, sin completar la frase.

—¿El beso? —Dani bajó la voz incluso más—. Igual fue un error. O un final.

El tipo de final que nadie quiere que los alumnos presencien.

A media tarde, cuando fueron a entregar un trabajo atrasado, pasaron cerca de la sala de música. La puerta estaba entornada. Dentro, se escuchaba la voz de Laura, temblorosa. No lloraba, pero no estaba lejos de hacerlo.

—No podemos seguir así —decía—. No en mitad del curso.

—Lo sé —respondió Miguel, agotado—. Pero tampoco sé cómo cerrar lo que no hemos terminado de empezar.

Dani y Lucía se quedaron quietos, paralizados entre la sorpresa y la culpa. No era su intención escuchar. Tampoco moverse. A veces la vida adulta se colaba por las rendijas sin pedir permiso.

Se alejaron antes de oír el resto, pero ya no hacía falta.

Había historias dentro del instituto que no salían en las actas, que no se discutían en las juntas, que no aparecían en los informes.

Historias que, de algún modo, también influían en ellos.

Capítulo 4

La grieta y la posibilidad

Conforme avanzaban los días, las tensiones empezaron a dejar de ser susurros para convertirse en silencios incómodos dentro de las clases. La profesora Laura se mostraba más dispersa de lo habitual; Miguel, más estricto; Clara y Óscar parecían actuar como mediadores silenciosos; y Elena, la jefa de estudios, tenía esa mirada afilada de quien sabe que algo se está rompiendo, pero aún no sabe dónde poner la mano para evitar que se caiga todo.

Dani y Lucía se movían entre sus propios trabajos finales, los preparativos para la titulación y la incómoda sensación de estar observando un puzzle del que no entendían todas las piezas.

Una tarde nublada, mientras esperaban el bus, Dani dijo:

—Es raro. Pensaba que cuando acabáramos el curso todo se iba a sentir más... limpio. Como pasar pantalla.

Lucía se encogió de hombros.

—Nada termina limpio. Solo termina.

—Pero parece que para ellos no —añadió él—. Siguen enredados.

—Quizá siempre estuvieron enredados —respondió ella—. Solo que ahora lo vemos.

Esa noche, el instituto convocó una reunión informal del claustro. No era obligatorio, pero se recomendaba la asistencia. Algunos profesores salieron más tarde de lo habitual. Cuando cruzaron el patio exterior, Dani y Lucía, que seguían ahí porque habían tenido taller hasta tarde, pudieron verlos de lejos.

Laura y Miguel caminaron cada uno por un lado distinto. Ni una mirada. Ni un gesto. Nada.

—Eso ya no parece una pelea —murmuró Dani.

—Parece una decisión —dijo Lucía.

Pero entonces ocurrió algo inesperado: en medio de la separación evidente entre ellos dos, Clara se acercó a Laura, la tomó del brazo y caminó con ella mientras hablaban en voz muy baja. Y al mismo tiempo, Óscar se acercó a Miguel con la misma suavidad, como quien acompaña a alguien que lleva un peso que no quiere mostrar.

Una red invisible, pensó Lucía.
Una que impide que alguien caiga por completo.

—Mira —dijo Dani señalando a Elena y Javier, que cerraban las puertas—. Ellos también lo ven.

Y era cierto: los adultos no ignoraban la grieta. La estaban intentando contener, sostener, acompañar... sin escándalo, sin dramatismo, sin declaraciones. Solo con esa mezcla de respeto y cansancio que tienen quienes han vivido lo suficiente para saber que algunas heridas necesitan tiempo, y que otras solo necesitan espacio.

Dani suspiró.

—Y nosotros preocupados por si aprobábamos mates.

—Ya ves —respondió Lucía con una sonrisa débil—. Igual ser adulto es esto: hacer lo que puedes mientras intentas no romperte demasiado.

El autobús llegó, y ambos subieron sin decir nada más.
Pero algo había cambiado.

Habían empezado el trimestre creyendo que los profesores eran figuras planas, casi decorativas. Lo estaban terminando comprendiendo que todos, absolutamente todos, caminaban con sus propios miedos, decisiones, pérdidas y pequeñas batallas escondidas.

Y que, quizá, la verdadera enseñanza de ese curso no estaba en los exámenes ni en las notas...

sino en entender que la vida, incluso dentro del instituto, era mucho más frágil y compleja de lo que habían imaginado.